

(Transcripción)

Roma, 25 noviembre 1998

Palabra de Vida

“A todos los que la recibieron (...) les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios” (Jn 1,12)

Esta es la gran novedad anunciada y donada por Jesús a la humanidad: la gracia de llegar a ser hijos de Dios.

¿Pero a quién y cómo le es donada esta gracia? “A todos los que lo recibieron” y a quienes lo recibirán a lo largo de los siglos. Es preciso recibirlo en la fe y en el amor, creyendo que Jesús es nuestro Salvador.

Tratemos de comprender más en profundidad qué significa ser hijos de Dios.

Basta mirar a Jesús, el Hijo de Dios, y a su relación con el Padre: Jesús le rezaba a su Padre, como en el “Padrenuestro”. Para él, el Padre era “Abba”, es decir, el papá al que se dirigía con tonos de infinita familiaridad y de inmenso amor.

Pero dado que había venido a la tierra por nosotros, no le alcanzó que tuviera él esa privilegiada condición. Al morir por nosotros y redimirnos, nos hizo hijos de Dios, hermanas y hermanos suyos, dándonos también a nosotros la posibilidad de ser introducidos en el seno de la Trinidad, a través del Espíritu Santo. De manera tal que también a nosotros nos es posible su divina invocación: “¡Abba, Padre!; “papá, papito mío”, nuestro, con todo lo que comporta: la certidumbre de su protección, seguridad, abandono en su amor, consolaciones divinas, fuerza, ardor; ardor que nace en el corazón de quien está seguro de ser amado.

“A todos los que la recibieron (...) les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios”

Lo que nos hace uno con Cristo y, con él, hijos en el Hijo es el bautismo y la vida de la gracia que nos llega por ello.

En este pasaje del Evangelio hay, además, una palabra que descubre el dinamismo profundo de esta “condición de hijos” a realizar día tras día. En efecto, es preciso “llegar a ser hijos de Dios”.

Se llega a ser y se crece como hijos de Dios correspondiendo a su don, viviendo su voluntad que está totalmente concentrada en el mandamiento del amor: amor para con Dios y amor para con los prójimos.

Recibir a Jesús significa reconocerlo en todos nuestros prójimos. También ellos podrán tener la posibilidad de reconocer a Jesús y de creer en él si en nuestro amor por ellos descubrirán una huella, una chispa del amor infinito del Padre.

“A todos los que la recibieron (...) les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios”

Este mes, en el que se recuerda especialmente el nacimiento de Jesús, tratemos de recibirnos recíprocamente, viendo y sirviendo a Cristo mismo los unos en los otros.

Entonces se instaurará entre nosotros y el Padre una reciprocidad de amor y de conocimiento de vida, como la que une al Hijo con el Padre en el Espíritu; sentiremos aflorar permanentemente en nuestros labios la invocación de Jesús: “Abba, Padre”.

Chiara Lubich